

Verónica, el espíritu del espejo

Susana
Rico

Dibujos de
César
Barceló





1

A pesar de que Samuel esperaba la alarma con creciente inquietud, la musiquita que salió por los altavoces de la *tablet* le pilló desprevenido y su corazón dio un salto bajo las costillas. Arrojado por las mantas, la apagó con un dedo tembloroso y húmedo. Eran las once y media, y el ritual de invocación exigía que se llevara a cabo a media noche, es decir, treinta minutos más tarde.

El momento estaba ya muy cerca. Demasiado.

No obstante, el escalofrío que le recorrió la espina dorsal y que hizo que se le erizara la piel en aquel instante nada tenía que ver con lo que se

7

traía entre manos, sino más bien con el recuerdo de una noche en la que le ocurrió algo que trataba a toda costa de olvidar. Un recuerdo amargo que le hacía enrojecer de ira y vergüenza. Un recuerdo que le llevaba a desear frotarse la piel con una lija o incluso a querer arrancársela con sus propias manos. Un recuerdo que lo atormentaba y que siempre mantendría en secreto.

Sacudió la cabeza con vehemencia para apartar estos pensamientos y centrarse en el ritual. Con el corazón a punto de estallarle, Samuel resopló, bajó de la cama, se acercó a la puerta y pegó a ella la oreja. Aguantó la respiración a la espera de cazar algún sonido que le diera a entender que su madre andaba aún despierta. Pero solo percibió el fuerte golpeteo de sus propios latidos, así que volvió a su cama y de debajo de ella sacó una caja de zapatos que contenía todo lo necesario para el rito. Una vela, una Biblia, unas tijeras y unas cerillas. Se aseguró de no haber olvidado nada y apagó la luz. Por último, regresó junto a la puerta, donde volvió a aguzar el oído antes de abrirla y asomar la cabeza.

Allí, con medio cuerpo en el pasillo oscuro y desierto, se mantuvo a la escucha una vez más,

rogando que no fuese una de esas noches en las que su madre no pegaba ojo y no paraba de llorar.

Por fortuna, no oyó nada y suspiró con alivio.

Medio a tuestas, se dirigió al cuarto de baño y, allí, tras cerrar la puerta y pulsar el interruptor de la luz, Samuel colocó la vela encima de la placa de mármol del lavabo. La encendió con las cerillas. A su lado, dejó la Biblia, y, sobre ella, las tijeras abiertas con las puntas enfiladas hacia su cuerpo, tal y como dictaba el ritual. Como prueba de su hazaña para con sus amigos, encendió la *tablet*, que colocó al otro lado del lavabo, apoyada sobre dos botes de gel, de manera que pudiera grabar la mayor superficie posible del espejo y, por tanto, su imagen reflejada.

Si lo vieran ahora, les haría tragarse sus palabras. No había día que MK no le recordara que era un gallina y un rajado por ese asunto de los chicles. Pero resulta que él era el más valiente de todos, pues ninguno se había atrevido todavía a invocar a ningún espíritu, y mucho menos a un espíritu como Verónica.

No había sido fácil decidirse. Samuel llevaba madurando la idea en su cabeza desde hacía

mucho tiempo. Desde mucho antes de lo de su padre, y lo que había ocurrido con él no tenía nada que ver con su decisión. Por ello, para excusar de todo a sus progenitores, por si algo le pasaba, había dejado una nota sobre su mesa, la cual destruiría de inmediato si salía vivo de aquello. Decía así: «Mamá, te quiero muchísimo. Y ni papá ni tú tenéis la culpa de nada».

Pero el caso es que el arrojo que había sentido en un principio al entrar en el cuarto de baño y hacer los preparativos se había ido diluyendo hasta el punto de convertirse en un temblor en sus piernas, que apenas podían sostenerle. Y es que invocar a Verónica tenía sus riesgos.

Muchas eran las leyendas que corrían sobre el fantasma. Algunas, las menos espinosas, aseguraban que se te aparecía en el espejo y te susurraba al oído la fecha de tu muerte con una voz tan helada y aterradora que no volvías a ser la misma persona. Otras, que, en algún momento del ritual, Verónica agarraba las tijeras y te las clavaba en alguna parte de tu cuerpo. Si tenías suerte, solo te amputaba un dedo, pero también podía clavártelas en el corazón o atravesarte el cráneo con ellas.



¿Y si apagaba la vela y se olvidaba de todo? ¿Y si realizaba la invocación unos minutos más tarde o más temprano de la hora señalada? De ese modo, no cumpliría con todos los requisitos que exigía la ceremonia y se aseguraba de que el espectro de Verónica no se le aparecería. ¿Quién se iba a enterar?

Pero Samuel sacudió la cabeza y pulsó el interruptor de la luz que quedaba frente a él para apagarla. Él se enteraría. Era fácil engañar a sus amigos, pero jamás podría engañarse a sí mismo. Él siempre sabría la verdad. Sabría que se había comportado como un cobarde y ya tendría dos cosas de las que avergonzarse. No. No podría soportarlo. Si ya era difícil vivir con una...

En eso sonó la segunda alarma, la de casi la media noche, y el corazón de Samuel, a pesar de estar preparado para ello, dio un vuelco. Uno más. A continuación, apagó el estridente sonido y fijó sus ojos negros en el espejo. Debido a la oscuridad de la habitación, iluminada tan solo por la luz de la vela, este le devolvió una imagen tenebrosa de sí mismo que le cortó la respiración.

Samuel abrió la boca. En ese momento no supo si lo hizo para pronunciar el nombre de

Verónica o para dejar escapar el grito que luchaba por salir de su garganta. Pero no hizo ninguna de las dos cosas, porque sus cuerdas vocales habían dejado de funcionar. Igual que había ocurrido aquella amarga noche que trataba de olvidar con todo su empeño, su cuerpo entero había dejado de pertenecerle. Sus miembros se habían vuelto rígidos como piedras, y la sangre en sus venas se había espesado tanto que, si le hubiesen pinchado, no habría salido ni una gota. Sin apartar la mirada del espejo, Samuel oyó unas lejanas campanadas. ¡Las doce en punto! Tragó saliva, apretó los puños y enderezó la columna. «No soy ningún cobarde», pensó, y...

—¡Verónica! ¡Verónica! ¡Verónica! —recitó con voz solemne.

El ritual acababa de completarse.



2

Durante unos cuantos minutos, Samuel fue incapaz de realizar movimiento alguno. Hasta habría jurado que se olvidó de respirar. Durante ese tiempo, no pudo apartar los ojos del espejo, a pesar de que le aterraba la idea de toparse con la espeluznante imagen de Verónica. No obstante, lo único que vio fue a un niño de inmensos ojos negros, delgado como el filo de un cuchillo y con el pelo algo largo y revuelto.

El espíritu no apareció ni le susurró al oído la fecha de su muerte ni le clavó las tijeras. Y, tras un rato de espera, Samuel se dio por vencido.

Era obvio que todo lo que se decía de Verónica era mentira. Tan solo se trataba de leyendas que servían para asustar a la gente. Para que, tontos como él, perdieran el tiempo realizando estúpidos y falsos rituales. Y eso, aunque le aliviaba de algún modo, pues seguía vivo y entero, también le decepcionó.

Le habría gustado un poco más de acción. Le habría gustado, por ejemplo, haber sido engullido por el espejo y haber permanecido un tiempo en otra dimensión. O haber luchado contra el ente mientras este quería adueñarse de su cuerpo, igual que en las películas de exorcismos. Samuel no estaba seguro del tipo de aventura. De lo que no había duda, desde luego, era de que al final salía triunfante de la odisea, aunque con una cicatriz en alguna parte de su cuerpo con la que dar fe de lo ocurrido y alardear así delante de sus amigos.

Pero nada de esto ocurrió, y terminó por encogerse de hombros y querer guardarlo todo antes de que a su madre le diera por entrar en el baño y lo pillara con las manos en la masa.

Y fue en ese instante en el que sus ojos se desviaron hacia el interruptor de la luz para en-

cenderla, cuando creyó ver algo en el espejo. Una sombra a su espalda que se movió a tanta velocidad que dudaba si fiarse o no de lo que sus pupilas habían percibido.

Un escalofrío le recorrió la columna y un sudor helado le perló las sienes. Apagó la vela de un soplado y agarró la *tablet*, la Biblia y las tijeras. Sin embargo, las tijeras se le resbalaron de las manos y cayeron al suelo con estrépito. Samuel se agachó a por ellas, pero se quedó petrificado al comprobar que una de las puntas había quedado a un escaso milímetro de su dedo gordo. «¡Uuuufffff! ¡Por poco!». ¿Habría sido cosa de Verónica? Tal vez sí había algo de verdad en lo que se decía del fantasma.

Por un momento, dudó si agarrar las tijeras o no. ¿Y si se agachaba a por ellas y entonces el espectro le atacaba por la espalda? Puede que fuese así como actuaba. Era posible. Pero, por otro lado, no quería dejar huellas de lo que había hecho. Así que terminó depositándolas en uno de los cajones lo más rápido que pudo.

Sin embargo, al ir a cerrar el cajón, este se atascó. Samuel, desesperado, lo meneó varias veces adelante y atrás, con la vista fija en las ti-

jas abiertas que no dejaban de moverse con el traqueteo. ¿Acaso era otra señal? Con el corazón desbocado, decidió salir del baño inmediatamente. Se lanzó a por la puerta y descorrió el pestillo. Después, salió al pasillo tan aprisa que se le enredaron los pies y a punto estuvo de caerse de bruces. Consiguió mantener el equilibrio a duras penas y llegar hasta el umbral de su habitación. Pero allí, al poner una mano en el pomo de su puerta, percibió un «clic» a su espalda que lo petrificó. Giró la cabeza hacia atrás y... ¡Dios! ¡La puerta del baño acababa de cerrarse sola! ¡¡SO-LA!!

El pánico lo invadió, y de las manos se le cayó lo que llevaba. Cuando consiguió reaccionar, lo pateó todo dentro de su habitación al tiempo que se lanzaba literalmente hacia el interior de su cuarto.

Una vez allí, cerró la puerta, encendió la luz y se precipitó a por la Biblia, pensando que el libro sagrado podría salvarle de cualquier cosa. Se lo llevó al pecho y lo abrazó con tanta fuerza como si quisiera incrustárselo en las costillas. Por último, se metió en la cama cubriéndose incluso la cabeza con las mantas y haciendo un ovillo con su cuerpo.

Unos segundos más tarde, oyó cómo la puerta de su dormitorio se abría con un chirrido estridente. ¡Dios! ¡Su puerta nunca había crujió! Y nunca, ¡NUNCA!, se había abierto sola. Sintió en las sienes los acelerados latidos de su corazón, que, o salía disparado a través de su caja torácica, o explotaba.

Samuel jamás había pasado tanto miedo. Claro que nunca antes había invocado a un espíritu. Ya no le parecía tan buena idea que el espectro se hubiese personificado.

En ese momento, tenía los ojos crispados bajo las mantas, y por eso no fue consciente de que las bombillas comenzaron a parpadear. Pero sí lo fue cuando unos segundos después estas se fundieron con un chispazo. ¿Qué había sido ese ruido? Samuel abrió los ojos y apartó un poco las mantas para averiguar qué pasaba. Necesitaba saberlo y, al mismo tiempo, necesitaba ignorarlo.

Comprobó que la habitación se había quedado a oscuras, tan solo iluminada por el resplandor que entraba por la ventana, y quiso gritar, llamar a su madre. Abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella, a pesar de intentarlo varias veces con todas sus fuerzas. Su voz le había abandonado, y

no le extrañaba, la verdad, porque, si él hubiese podido, también se habría largado de allí echando chispas.

De pronto lo invadió un frío helador. Como si en lugar de estar bajo el cobijo de las mantas de su cálida habitación, se encontrara a la intemperie en una noche invernal de la Siberia rusa. De haber estado la luz encendida, Samuel habría podido ver el vaho de su respiración.

Temblando de miedo y de frío, sintió entonces una presión en sus pies, como si algo se hubiese apoyado en ellos. Al principio fue algo muy ligero; sin embargo, la presión de ese algo empezó a subir de intensidad a medida que reptaba por su cuerpo haciendo eses como una serpiente. Y a medida que trepaba, Samuel fue perdiendo la movilidad de sus miembros hasta tener la sensación de haberse caído en una cuba de cemento.

—¡Para qué me has llamado! —dijo una voz tenebrosa que terminó de crisparle los nervios.

La respuesta de Samuel fue un castañeteo de dientes, y el espíritu insistió de nuevo mucho más fuerte.

—¡¡Para qué me has llamado!!

Pero Samuel no contestó. No podía hacerlo. Era como si al ir a tragar saliva esta se hubiese convertido en algo sólido y grande, tan perfectamente encajado en su garganta que no dejaba pasar ni el aire.

Entonces, sin que su cerebro hubiese mandado la orden, su cuerpo se enderezó por sí solo colocándose boca arriba. Las puntas de sus pies se pusieron mirando al techo y sus brazos se extendieron a ambos costados. La Biblia se le cayó del pecho, provocando con ello un golpe sordo al impactar contra las baldosas.

El niño intentó replegarse, volverse a hacer un ovillo, luchar contra esa fuerza sobrenatural que lo obligaba a moverse contra sus deseos. Pero era imposible, y notó cómo su cabeza empezó a girar muy lentamente hacia la izquierda, hacia el lado de la puerta. Hacia el lado en el que había oído la voz.

Instintivamente, trató de cerrar los párpados, pero una fuerza invisible se los mantenía abiertos exigiéndole mirar sin querer ver. Aparte de sus ojos dentro de las cuencas, lo único que se movía por voluntad propia eran sus pensamientos. Estos viajaban por su mente a una velocidad de vértigo

y le hacían imaginarse las torturas más horribles a las que Verónica podía someterle.

Y entonces, la manta que todavía lo envolvía empezó a deslizarse por su cuerpo hasta quedarse a sus pies y dejarlo completamente expuesto. Y en ese momento fue cuando Samuel lo vio. Al espectro. A Verónica. Allí, junto a su cama. Tan cerca de él que si los espíritus respirasen habría percibido su aliento.

Tenía la cabeza gacha; y el pelo, largo, oscuro y lacio, por suerte ocultaba su rostro. Sin duda debía de tener unas ojeras descomunales y el iris negro debía de llenar todo el globo de sus ojos. Si abría la boca, estaba seguro de descubrir dos hileras de dientes afilados y podridos. Y por ella, por esa boca corrompida, no dejaría de rezumar una espesa baba blanquecina y espuma purulenta de color gris.

Llevaba un camisón blanco, cuyas mangas le llegaban a las muñecas, y por todo él había manchas de un color marrón oscuro casi negro. ¿Sangre?

En ese preciso instante, Verónica alzó el brazo. Sin poder hacer nada, Samuel vio cómo la mano del fantasma se acercaba a él, y su respiración se



agitó hasta el borde del colapso. Entonces sintió los ennegrecidos dedos de la joven sobre su frente. Eran unos dedos tan aterrorantemente helados que Samuel incluso pensó que se le congelarían las ideas. Sin embargo, en décimas de segundo, el gélido contacto que sintió en un principio pasó a convertirse en algo abrasador. La frente le ardía. No veía llamas, no veía humo, pero era obvio que el dolor se debía a que se estaba quemando, a que el cerebro se le estaba derritiendo.

Verónica, con la boca abierta en una mueca deforme, acercó entonces su cara, todavía oculta por las sombras, a la del niño. Samuel se temió que quisiera besarlo o, mejor dicho, engullirlo entero, puesto que sus mandíbulas, ahora desencajadas, se abrieron como un pozo negro y profundo. De nuevo intentó cerrar los ojos, pero no pudo. Dos escasos centímetros separaban la boca del fantasma de la del niño, que se vio obligado a abrirla, a pesar de sus constantes y tremendos esfuerzos por mantenerla cerrada.

Y entonces Verónica se puso a succionar el aire, y Samuel sintió cómo se le iba la energía por la boca. El fantasma se estaba apoderando de sus recuerdos, de su alma. Le estaba robando la vida.

Verónica se apartó de él después de lo que a Samuel se le antojó una eternidad, y se sintió vacío, hueco. Deseó con todas sus fuerzas que el espíritu dejara de tocarle, que se alejara, pero este no se movió del sitio. Con la mano todavía apoyada sobre su frente, el ente alzó la otra, y, gracias a la tenue luz que entraba por la ventana, Samuel vislumbró un destello. Algo llevaba en ella. Algo que resultó ser metálico y punzante. ¡Las tijeras!

¡Ahora sí! Ahora sí había llegado el momento en el que Verónica se las clavaba en el corazón o lo cortaba en pedazos.